

NUESTRA SEÑORA DE LA AYUDA.

*Adjutor et susceptor es tu.
Tú eres mi auxilio y amparo.
(SALM. CXVIII, 114.)*

La experiencia de todos los siglos confirma plenamente la sentencia de Job, cuando dice, que la vida del hombre es una lucha sobre la tierra. En verdad, el hombre debe luchar siempre, unas veces contra los envidiosos y los adversarios, otras contra la fortuna y las enfermedades, un día contra la inclemencia de las estaciones, y otro contra la perversidad de aquellos con quienes vivimos en este valle de lágrimas.

Si la sentencia del paciente de la Idumea es verdadera para todo hombre considerado como hombre, lo es aún más para el hombre considerado como cristiano. ¿Y quién ignora, que se nos manda llevar siempre acorazado el pecho y la espada en la mano? ¿Quién ignora, que solo con continuas luchas se puede conservar el precioso tesoro de la gracia? ¿Quién ignora, que muchos cristianos, eminentes en santidad, se han perdido, precisamente, porque cansados de luchar rindieron cobardemente las armas?

Sin embargo, Dios quiso proveer con su paternal afecto á tantas necesidades y miserias del hombre; y nos dió tantos auxilios, nos enriqueció con tantos dones, y nos ofreció tantos defensores, que por su gracia la lucha no es peligrosa, y tenemos segura la victoria y el galardón. Entre estos defensores sobresale, especialmente, nuestra bondadosa Madre María, que llena de amor y bondad nos mira con ojos de especial cuidado, nos asiste en nuestras enfermedades, y nos regocija con sus beneficios. Este fué el motivo porque nuestros antepasados invocaron á la Virgen con el nombre de Nuestra Señora de la Ayuda; y este es también el motivo por el cual ya, desde el principio, me complazco en presentaros con toda alegría la belleza del asunto. Por consiguiente, hermanos míos, diré solamente que

debemos poner toda confianza en María, estando esta generosa Madre siempre pronta para ayudarnos, y siempre propicia para hacernos experimentar su misericordia. ¡Ojalá tuviera yo tiempo suficiente para desarrollar extensamente este asunto, pues, se me ofrece materia larga para demostrároslo! Mas los límites á que debo ceñirme, me obligan á desarrollarlo tan solo lo suficiente para alimentar vuestra tierna devoción. Pidamos ántes la gracia: A. M.

En primer lugar, María puede ayudarnos. En efecto, Ella es Madre de Dios. Siendo cierto que las dos generaciones, la eterna y la temporal, pertenecen igualmente al Verbo, ó el Verbo engendrado eternamente no es el Hijo de Dios, ó el Verbo encarnado en el tiempo es el Hijo de María; y María tiene el derecho de decirle, lo mismo que su Padre celestial: Tú eres mi Hijo. ¿Qué cosa, pues, podría negar Dios á la incomparable Virgen, á la cual quiso hacerla madre suya? Hecha madre de Dios, María es también la hija primogénita del Padre y la esposa predilecta del Espíritu Santo. Sublimada á tanta grandeza y unida con tales vínculos á la augustísima Trinidad, ¿qué podría faltarle para hacernos obtener las gracias necesarias? No puede faltarle el poder para rodearnos con su piadosísima ayuda, por ser Hija del Eterno Padre, á quien se atribuye el poder; no le puede faltar el conocimiento de los medios convenientes para reparar nuestras necesidades, porque es Madre del Eterno Hijo, al cual es atribuida la sabiduría; ni le puede faltar la caridad de acudir solícita para remediar nuestras desventuras, porque es la Esposa del Espíritu Santo, á quien se atribuye el amor.

Hecha Madre de Dios, María es también la Reina del Paraíso. Sentada en aquel trono, que sobrepuja inmensamente á cuanto podemos conocer ó imaginar de más bello, rico, noble y resplandeciente, Ella reina sobre los ángeles, los santos, los hombres, los demonios, el Cielo y la tierra. Dios, de una manera más cumplida de la que Faraon dijo á José: *Tú tendrás el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá el pueblo todo* (1), le ha dado pleno, absoluto y universal poder sobre todas las criaturas del Universo. ¿Cómo podría, pues, dudarse de su poder? ¿Quién podría sospechar de que no pueda consolarnos con los auxilios de que tenemos tanta necesidad en este valle de lágrimas y de desventuras?

María, no solo puede, sino que quiere ayudarnos. Es verdad que

(1) GEN. XLI, 40.

casi siempre las preeminencias, los honores y las dignidades suelen ensoberbecer el entendimiento y el corazón de los que tales cosas poseen. Colocados muchos, en algún modo, por eminencia de grados sobre los demás hombres, no se cuidan ya de mirar con ojo compasivo las miserias ajenas; muchos imitan demasiado al copero de Faraon, que, salido de la cárcel, al hallarse en el alcázar real se olvidó enteramente de José. No es de este temple el corazón tiernísimo de María: cuanto más sublime es su grado, tanto más magnánimo es el cuidado con que nos asiste; cuanto más grande es su dignidad, tanto más ardiente es el maternal afecto con que nos abraza; y, precisamente, porque quiere ayudarnos, usa de su poder para demostrarse con los hechos Nuestra Señora de la Ayuda.

Y esto se manifiesta con evidencia por el mismo misterio de su grandeza. Así como el Verbo se encarnó en María para salvar á los hombres, así María debía amarle como Salvador de los hombres; y el mismo amor maternal que alimentaba por Él, debía difundirse y derramarse sobre aquellos que el Hijo había venido á salvar con su sangre. En verdad, mientras que el augusto misterio de la Encarnación nos muestra, por una parte, al Hijo de Dios que se humilla hasta hacerse Hijo de María, nos muestra por otra á María elevada á ser la Madre del Hijo de Dios; y por lo tanto, del mismo modo que nos hace ver que el Hijo de Dios, humillándose á ser Hijo de María, acepta ser primogénito entre muchos hermanos (1), nos muestra también que María, elevada á ser Madre del Hijo de Dios, acepta la maternidad de muchos hijos. Hé ahí porque decía San Agustín, que María se hizo nuestra Madre por efecto de caridad: *Charitate mater effecta est*. Y si toda madre está siempre pronta á ayudar los hijos, debemos decir, que María estará siempre dispuesta para ayudarnos.

¿Y qué duda podría cabernos acerca de la solicitud con que ha de ayudarnos, si con su mismo sacrificio nos dió á conocer cuan benévolo fuese su corazón? Porque quería ayudarnos, dió su consentimiento á la obra de la Encarnación, por más que supiese que la sangre del Hijo, que era también su sangre, debía correr á los repetidos golpes de desapiadados azotes. Porque quería darnos ayuda, no titubeó en pronunciar aquel *fiat*, por el cual se cambió el orden de las cosas, aunque sabía que aquella palabra debía alligirla sobremañera. Porque quería ofrecernos ayuda corrió hácia el Calvario, y

(1) ROM. XXIX.

permaneció firme al pié de la Cruz, donde pendía ensangrentado el Hijo, aunque sabía que en la muerte de aquel Hijo debía experimentar en su tiernísimo corazón el martirio de mil muertes. Así, pues, si María con su mismo sacrificio nos mostró cuán solícita fuese en darnos ayuda, es indudable que ahora querrá también ayudarnos.

Continuemos, hermanos míos, y demos mayor fuerza á nuestro argumento. María no solo quiere, sino que no puede ménos de querer nuestro bien. Si es verdad que el Verbo de Dios no se hizo hombre más que por la salvación de los hombres, lo es también que María, hecha Madre de este Verbo humanado, fué elevada á tan sublime dignidad por nuestra salvación. Por lo mismo que nosotros estábamos perdidos, Ella fué elevada á tal grandeza; porque éramos vasos de cólera, Ella fué colmada de tantas bendiciones; porque teníamos necesidad de un reparador, y este reparador quería una madre, fué elevada á los honores de la maternidad divina. ¿Sería posible que no quisiese ahora ayudarnos, si, por decirlo así, es tan grande por causa nuestra? ¿Cómo puede suceder, oh María, que no nos ayudeis á nosotros, miserables pecadores, si por nosotros habeis sido elevada á tanta grandeza de gloria?

Impulsados por estos motivos, los sagrados escritores, cuando empezaron á hablar de los auxilios que la piadosa María está pronta á concedernos en todo tiempo, en todo lugar, en toda necesidad, en toda ocasión, emplearon palabras las más claras y las más bellas, y solemnizaron devotamente con la mayor eficacia del espíritu su santa caridad. Basta leer, hermanos míos, aquellas páginas, basta fijarse un poco en lo que escribieron, para sentirse embargado de sentimientos de fé y de los dulces consuelos de la esperanza.

San Bernardino habla de la ayuda de María, cuando dice: *Ninguna criatura obtuvo alguna gracia, sino por mano de la Madre de Dios (1)*; y quiere decir, que de María nos vienen aquellas gracias con las cuales adquirimos fuerzas para huir de los halagos del vicio; aquellos socorros con que vencemos los seductores atractivos de las tentaciones; aquellas inspiraciones que nos infunden en la mente buenos pensamientos; y aquellos secretos impulsos que mueven nuestros corazones á piadosos afectos.

De los auxilios que recibimos continuamente de María habla San Bernardo, cuando dice: *Si hay en nosotros alguna gracia, confesemos que nos viene de Ella (2)*. Quiere decir, que de María nos viene aquel

(1) SERM. 61.

(2) SERM. DE NATIV. B. M.

patrocinio, por el cual ó tenemos pura la conciencia de la pestilente mancha de la culpa; ó nos sentimos movidos á romper aquellas férreas cadenas que nos mantienen ligados á los frívolos placeres del mundo; ó nos hallamos libres de los peligros que otras veces sujetaban más nuestra debilidad á los asaltos de los enemigos espirituales; ó de día en día, entre las relaciones, los vínculos y los oficios que nos sujetan á la tierra, no dejamos de crecer en la virtud.

De los auxilios que recibimos de María habla San Pedro Damian cuando dice: *En sus manos están todos los tesoros de la misericordia divina, y á solo Ella se ha concedido esta gracia* (1). Quiere decir, si se nos concederá salir de la noche, que nos tiene de tal suerte envueltos en las tinieblas de la ignorancia, que no sabemos conocer cuánta sea la belleza de la virtud, cuánto el horror del vicio; si dejaremos las corrompidas sendas de la perdida Babilonia para dirigir nuestros pasos sobre los floridos caminos de Jerusalén; si un día abandonáremos lo que nos hace esclavos de la culpa y del demonio para abrazar lo que ha de unirnos á Dios; todo nos vendrá de María, todo será dón de su maternal proteccion y de aquella caridad con la cual nos mira como á hijos predilectos.

Si pudiese invocar ahora, hermanos míos, vuestro mismo testimonio, y con la grata memoria de la ayuda que muchos de vosotros experimentasteis por el patrocinio de María, enriquecer la demostracion del propuesto argumento, no cabe duda que mis palabras hallarían eco en vuestros corazones, y este discurso, con los hechos que vosotros mismos referiríais, resultaría más elocuente. Este diría, que es deudor á María del valor que en la hora de las adversidades tuvo para conformarse con santa paciencia á la voluntad divina; aquel añadiría, que por María se vió libre de los lazos en que le tenía sujeto el dolor, y de las angustias en que le había sumido una larga y enojosa enfermedad: quien afirmaría, que le consoló María, cuando en la escasez de los medios necesarios á la subsistencia de su familia, vió que se le abría la entrada al trabajo; quien confesaría que fué socorrido por María, cuando calumniado en sus acciones no sabía á quien recurrir para que fuese reconocida la inocencia de sus intenciones. Unos me hablarían de incendios extinguidos; otros de peligros vencidos; estos de pleitos ganados; aquellos de lluvias obtenidas; y todos, ó de viajes prósperos, ó de impedidas bancarotas, de pestes desaparecidas, de tempestades alejadas y de rayos deteni-

(1) SERM. DE NATIV.

dos; presentando, en el reconocimiento de sus corazones, y en la gratitud de sus ánimos, un número tal de gracias, que aún los más protervos deberían confesar, que María es verdaderamente Nuestra Señora de la Ayuda.

Sin embargo, amados hermanos, todo cuanto pudierais decir no sería suficiente para que comprendiésemos la inmensa copia de socorros que nos vienen de María en todo tiempo, á cada hora y á cada instante. Y por cierto, que son muchas las gracias que recibimos de Ella ignorándolo nosotros; son abundantes las mercedes con que nos protege sin que lo advirtamos; é innumerables son los auxilios que nos impetra de Dios, sin que paremos mientes en ello. Hoy, que vivimos envueltos en la noche del tiempo, entre las tinieblas de la ignorancia y los atractivos del mundo, solo sabemos las gracias alcanzadas, por decirlo así, de un modo visible. No obstante, llegará el día en que entrando en el Cielo lo reconoceremos todo en Dios; sonará la hora en que admitidos al gozo de aquellos inefables contentos, todo se nos descubrirá. Entónces veremos cuanto María ha hecho por nosotros; entónces exclamaremos: *Me quiaba esta sabiduría, é ignoraba que fuese madre de tantos bienes* (1). Veremos que debemos á Ella si nuestra niñez creció léjos de toda fascinacion lisonjera, rodeada de ejemplos de sola piedad y guiada por reglas de disciplina, de suerte, que nos fuese dado probar el maná oculto prometido á las almas victoriosas de sí mismas. Veremos que á Ella somos deudores de haber obrado algun bien, de haber mostrado valor y fuerza para no ser vencidos del vicio, y de no haber muchas veces caído en la tentacion, por más que se desbordasen por todos lados intemperantes pasiones. Veremos que fué Ella, la que impidió que, á pesar de los pestilentes consejos de los impíos, no alistásemos bajo las banderas del Infierno; que á su gracia debemos el que no se corrompiese enteramente nuestro corazon en medio de las malignas asechanzas de la seduccion; que debemos á su proteccion el que la misericordia divina nos conceda más tiempo, á fin de que no llegue la hora del castigo ántes de un cumplido arrepentimiento. Veremos, en fin, que esta Madre amantísima nos ha precedido en todos los caminos y en todos los encuentros con la más inefable caridad y la más abundante beneficencia.

Y examinando más profundamente todas las mercedes recibidas bajo su verdadero aspecto, podremos conocer sin dificultad, que Ma-

(1) SAB. VII, 12.

ría nos ayuda á todos, y, especialísimamente, á los pecadores. Les ayuda para que no les falte luz y gracia para conocer los pecados cometidos, fuerza y valor para llorarlos con un espíritu de verdadera contrición. Les ayuda allanándoles el camino de las virtudes cristianas y haciendo que no les parezca á primera vista demasiado áspera la mortificación y demasiado amarga la penitencia. Les ayuda alcanzándoles saludables consejos en sus dudas, evangélica fortaleza en su pusilanimidad, piadosos consuelos en sus angustias, firmes propósitos en sostener las vacilaciones de su inconstancia, y haciendo que lleguen á humillar su espíritu, á someter su voluntad, á negar su amor propio, y á vencer las perversas inclinaciones que se ocultan en sus corazones.

Y María se muestra así con todos. ¿La constante experiencia de los hechos, no es una prueba evidente de esta verdad consoladora? ¿Acaso hay alguna parte del mundo donde no se haya experimentado la ayuda de María? ¿Y qué otra cosa afirman tantos votos colgados de las paredes de sus altares, tantas imágenes de la misma elevadas por las plazas, y tanta gente que movida tan solo por los sentimientos de afectuosa gratitud y de reconocida religión acude á sus santuarios?

¡Oh impíos! que os empeñáis en borrar de la mente de los pueblos esta idea de consuelo y de esperanza, dejadnos nuestra fé. Sepa el pobrecito, contra quien se revuelven los hombres y las cosas, que hay todavía un corazón en que depositar sus despreciadas lágrimas; sepa el miserable que come el pan bañado en llanto y sudor, sepa el infeliz que no sabe á quien acudir para ser socorrido en las angustias que le oprimen, el enfermo que gime en el lecho del dolor, el pueblo sobre quien se acumulan estos males, sepan todos, que tienen una protectora, una abogada y una Madre á quien pueden referir sus angustias, elevar sus gemidos, descubrir sus llagas y exponer sus calamidades.

Y vosotros, amados hermanos, tened siempre plena confianza en María venerada como Nuestra Señora de la Ayuda. Si os concedió muchos auxilios para que sea próspero vuestro porvenir; si os dispensó ya muchas gracias, otras muchas os concederá para que no caigais en los peligros en que podríais hallaros. Ella misma, la piadosa María, nos dice: Si quereis un sábio consejo en vuestros planes y designios; sinó quereis errar en vuestros juicios y obrar con rectitud; si quereis conducir con honor y lealtad en el cumplimiento de vuestros deberes; si quereis socorro en la indigencia, prosperidad en la vida y estima en la opinion, acudid á mí, porque

á mí me pertenecen el dón de consejo y la equidad; más son las riquezas, los honores y la gloria (1). Más todavía: á Ella debemos invocar si queremos huir del pecado, porque es la Madre del temor de Dios; á Ella debemos elevar las súplicas, si queremos alimentar una santa confianza, porque es la Madre de la esperanza; á Ella debemos dirigirnos si queremos amar á Dios sobre todas las cosas, porque es la *Madre del bello amor, del temor y de santa esperanza* (2).

Finalmente, si deseamos ser ayudados en el día de la agonía y en la hora de la muerte, debemos confiar en el patrocinio de María, porque está escrito en los sagrados libros: Acércate á Ella de todo corazón y tendrás esperanza en los últimos días, y esperanza que no será frustrada (3).

(1) PROV. VIII, 14.

(2) ECCL. XXIV, 24.

(3) PROV. XXIV, 14.